

Sion Serra

LOS DIARIOS DE HANNAH

Epílogo de Laura Llevadot

UNA DOBLE TRANSICIÓN DE GÉNERO



© Sion Serra Lopes, 2023

© Epílogo de Laura Llevadot

© Fotografías cedidas por cortesía de Toni Payán

© Imagen de cubierta: Toni Payán

Montaje de cubierta: Juan Pablo Venditti

Corrección: Carmen de Celis

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2023

Primera edición: marzo, 2023

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 978-84-19407-04-7
Depósito Legal: B 2611-2023

Impreso en Sagrafic
Printed in Spain

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

A la memoria de Mar C. Llop

ÍNDICE

Me estoy tomando pastillas de Bayer® (y no son aspirinas).....	9
El futuro es <i>vintage</i>	12
Café solo, nunca más.....	15
Hay un cuerpo que se me escapa.....	17
Soy una mujer con un par de huevos, literalmente	19
Ellas nunca tienen ganas.....	24
Parece mentira, con lo inteligente que eres	28
El miedo	30
¡Me meo!	33
La libertad es un todo a cien	37
Espejito, espejito, ¿hoy me ves chica o chico?	40
Gracias por decir algo que apenas me atreví a pensar	44
Adiós, pueblo	49
No quiero ser mujer.....	53
Subrayar las frases más importantes	56
Dos de Androcur®, tres de Climen®	59
... o peor.....	63
¿Qué es la droga y qué soy yo?.....	67
Dicen que el plátano da felicidad.....	73

No menstruarás.....	77
Busco amor por horas.....	81
Persona inocente colecciona armas de satisfacción masiva	85
Bailando en la oscuridad, entre luciérnagas	88
Son las doce de la noche y pienso en Violeta Parra.....	92
Llueven helicópteros.....	99
¿Me habrá bajado la regla?	101
Él.....	104
Carta a mi médico	107
Volveré a fumar	108
Entonces, ¿somos solo hormonas?.....	112
Aquello que deseo debo crearlo yo	116
Ando buscando fraternidad.....	122
Sucedió ayer.....	128
Hoy tienes carne fresca	133
Estoy comiendo mierda	137
El tiempo apremia.....	140
¡Sion!	144
Un masaje turco.....	148
Epílogo de Laura Llevadot	161
Agradecimientos.....	173

ME ESTOY TOMANDO PASTILLAS DE BAYER® (Y NO SON ASPIRINAS)

Para no saltarme ningún día ni repetir la toma, empecé el primer día de otoño y así, ante la duda, podré contrastar los *blisters* con mi calendario, como una yonqui. Sé que quiero jugar a esto durante un año, pero no sé si lo haré. Puede que me caiga, me lastime o simplemente me arrepienta. Puede que lo critiquen y se rían de mí, y así me hagan caer. No creo que me lo prohíban. Quizás intenten destruir mi juguete como cuando yo tenía cinco años. Sentado en el suelo, junto a mi madre que cosía, unas veces a mano, otras con la vieja Singer con pedal de hierro y tapa de madera, yo hojeaba algún número de la *Crónica feminina*, revista portuguesa para el ama de casa, y recortaba con delicadas tijeras unas fotos en blanco y sepia con modelos de pasarela, señoras con extraños sombreros y vestidos en posturas aún más extrañas que mi imaginario adoptaba, sin que me diera cuenta, y a las que llamaba, cariñosamente, las cutres. Quizás porque no lo viera adecuado para un niño, que debía llegar a ser hombre y jugar con cosas de niños, o quizás por simple sadismo, alguien las rompió delante de mí. No recuerdo si lloré hacia fuera o hacia dentro. Pasados casi cuarenta años, ¿quién querrá volver a hacerme llorar?

No me encuentro más sensible ni menos fuerte de lo habitual. Clínicamente hablando, estoy haciendo un tratamiento hormonal feminizante. Socialmente hablando, es una transición de género. Hablando yo, decidí escuchar a mi cuerpo interior.

¿Por qué? Quizás no haga falta ninguna revelación, ninguna llamada, ningún malestar, ni mucho menos una sentencia externa, para querer transitar por el género, atravesarlo o, como se dice todavía, para cambiar de sexo; no de momento. En todo caso, esa revelación la construyo yo, como cualquier libro sagrado: sin dioses ni pretextos. Llevo años preguntándome si de verdad existe el género o si, con tanto querer estar a la última, ya nos quedamos atrás hace rato, pensando como arbustos, hablando antiguo. No compadezco a quienes solo buscan estar a la última, producir, hacer *fitness* y pasarlo bien; que cada cual busque lo que pueda. Yo soy lo único que puedo buscar.

La vida me parece a veces un laberinto con varios juegos a lo largo del camino. Hay opciones que bloquean salidas y otras que las amplifican o abren nuevas ventanas. Nadie sabe cómo va a acabar la cosa. Yo, por supuesto, tampoco lo sé. Supe cómo empezarlo: con acetato de ciproterona y valerato de estradiol; y conozco algunas de sus consecuencias: disminución o pérdida de la libido, piel seca, cambios de humor, redistribución de la grasa corporal, desarrollo mamario, pérdida de erecciones espontáneas. Estos no son efectos secundarios, o no son, en todo caso, los que me preocupan. Me preocupan, sí, y me estimulan: lo imprevisible, las miradas, el verme yo de nuevo en la fase del espejo, o algo por el estilo. Las reglas me las voy poniendo en función de lo que ocurra. Por ejemplo, regla número tres: solo abrirás el juego cuando alcances velocidad de cruce —la dosis máxima—. Pero este no es un viaje con destino predefinido. El género no es un hogar, y aún menos un destino. Por eso no hay escenarios predeterminados; solo procesos premeditados.

Me pican las piernas. Todos los calcetines me aprietan. Me cambio la ropa a menudo. Tengo la sensación de que me pasan cosas

Me estoy tomando pastillas de Bayer® (y no son aspirinas)

que no son reales, y que eso huele a locura. Ten a alguien cerca, digo de mí para mí. Ten a alguien cerca o escribe un puto libro y di quién eres. Tal vez así empieces a orientarte un poco tú, en vez de que te orienten los demás, como siempre ha ocurrido. Hasta ahora.

EL FUTURO ES VINTAGE

Escribir un blog, que es como empieza este libro, ya no está de moda, y eso me tranquiliza. Siempre conviví con este desfase: entre el apego a lo que ya no se lleva y el deseo de lo que aún no es tendencia o ni siquiera existe. Por eso no le hago ascos a la figura obsoleta, casi naif, de la gente que escribe blogs. Lo *vintage*, lo desactualizado, lo simple y llanamente viejo me apartan del presente, que es donde se hallan casi todos los peligros. En ese sentido, es un lugar de huida, como el futuro. Hay gente que huye hacia adelante; yo me refugio en lo que conozco. Por eso me complace tenerlo todo de segunda o tercera mano, de las camisas al molinillo de café, comprado o intercambiado, porque el trueque y el don son más antiguos que el dinero.

He escrito mucho. Miles de folios en lo que llevo de vida alfabetizada. No es una exageración, y las personas que escribís sabéis bien a qué me refiero. Solo en tesis y tesinas, casi mil páginas. Poemas, cientos y cientos, que podrían haber sido escritos por poetas distintos, o alguno muy quebradizo. Ahora vuelvo a escribir para dejar descendencia. Mi desgana de ser padre o madre es bien conocida, pero no pienso desaprovechar el potencial poético de las hormonas.

Me fui a la peluquería a hacerme una permanente. Le pregunté a la peluquera si todavía se lleva, o si ya solo se la hacen algunas señoras mayores. Me contestó, cortés, que los chicos no suelen hacérselas, por lo menos en un pueblo tan pequeño. Pensé entonces

que la permanente es como los blogs: un refugio *vintage*, alejado de la crueldad de las comparaciones, aunque vulnerable, quizás, a la crueldad del ridículo. Pero hace años que se ríen de mí o me miran raro, y lo raro ahora sería dejar de serlo. Me dirán que los blogs ya no se llevan, que con este pelo ya no parezco yo, o que parezco otra cosa, pero al menos no podrán compararme.

Las comparaciones son odiosas: os lo digo como *retrovictim*. *Retrovictim* no es lo contrario de *fashion victim* porque lo *retro* fue *fashion* en su día, o por lo menos corriente, ya fuese un cromó del Mundial de 1986 o un teléfono rojo-Almodóvar. Sin embargo, con el paso del tiempo, las cosas se vuelven tan añejas que ya no tienen cabida en el circo de las novedades, ni siquiera, para muchos, de lo *vintage*. Ciertos objetos de mi infancia, como aquellos auriculares de esponja naranja y la margarina con sabor de chocolate, u otros del tiempo de mis padres, como las lámparas de opalina, o echarse talco en los sobacos, aún se consideran *vintage*, pero tirar los restos de comida por la ventana para que se los coman los perros callejeros o vestirse al estilo victoriano ya no caen bajo esa categoría porque ha pasado demasiado tiempo o porque, en el último siglo, la sucesión de costumbres, empujada por la industrialización y las guerras, fue mucho más acelerada y atropellada. Puede que la generación que nos antecedió haya sido testigo de más cambios y de transiciones más rápidas de aquello para lo que estaba preparada, o puede que yo tampoco esté preparada para un cambio tan rápido. Quizás mi transición de género sea un ejercicio de duelo hacia quien fui y hacia algo que ya no sirve, para situarme en un lugar libre de comparaciones, donde los opuestos suman, donde puedo actualizarme y desactualizarme a mi antojo.

En ese camino, es probable que me aleje de quienes querrían conservarme tal como me conocieron, o que simplemente se opo-

nen a este tipo de búsqueda. No les critico; de hecho, creo entender sus razones. Pero me mueve un deseo, una llamada a participar en una razón que me acoge y me supera, algo así como una intuición colectiva, donde transitar por el género se me presenta como algo inevitable en mi paso por la vida. Transitar por el género: poder, al fin y al cabo, decidir cómo quiero que me llamen, porque casi todos los nombres nos hacen creer que tenemos un género, y casi nunca, por desgracia, los elegimos.

Si os hablo de la permanente, no es como un logro; yo solo quería reducir la longitud de mi pelo sin cortarlo, y los rizos permanentes me parecieron la solución más coherente con mi atracción por el desuso, o con mi apego a un imaginario de la infancia. Sin ir más lejos, mi madre se hacía rizos permanentes dos veces al año, y ella fue la única mujer a la que amé.

Así que me hice una permanente no porque sea cosa de mujeres, sino para apaciguar un deseo. Y vivir *vintage*.

Eso implica estar menos pendiente todavía de lo que piensen o digan los demás. Hacerme una permanente. Escribir un blog. Regalar mi tostadora eléctrica a una vecina y comprarme una para la cocina de butano, como las antiguas, que llevaban amianto. Tomar la temperatura con un termómetro de mercurio. Llevar un pañuelo con un estampado de patos que ya nadie se atrevería a lucir. Hasta hice que me confeccionaran unas sábanas de seda con unos estampados imposibles que tienen tanto de convencional como yo. Son una auténtica locura. Ya nadie duerme entre motivos náuticos ochenteros y vacas parisinas, sobre todo por aquello de no soñar con naufragios y mantequilla. Pero no os podéis imaginar cómo se deslizan por mi piel. Y eso es muy importante —esencial, de hecho, porque es la única caricia que puedo sentir por las noches.